

Documento	La misa
Tema	¿Qué es la misa? Partes de la misa. Aspectos relacionados: libros, ornamentos, objetos...
Autor	José Espinosa
Género	
Destinatario	
Descripción breve	Explicación extensa sobre el significado de la misa y sus partes (ritos iniciales, liturgia de la palabra, liturgia de la eucaristía y ritos finales) También incluye la explicación de algunos aspectos relacionados, como son los libros, los ornamentos, los objetos utilizados y el papel del monaguillo en la celebración.

QUÉ ES LA MISA.....	2
1. La Santa Cena de Jesús.....	2
2. La eucaristía: la muerte y la resurrección de Jesús.....	3
4. La Iglesia se reúne para celebrar la eucaristía.....	4
5. El domingo, día del Señor.....	4
6. Los nombres de la eucaristía.....	4
7. La asamblea que celebra.....	5
LAS PARTES DE LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA.....	5
A) SE FORMA LA ASAMBLEA: RITOS INTRODUCTORIOS.....	5
B) LA LITURGIA DE LA PALABRA.....	6
<i>La primera lectura</i>	6
<i>El salmo responsorial</i>	6
<i>La segunda lectura</i>	6
<i>El evangelio</i>	7
<i>La homilía</i>	7
<i>La profesión de fe</i>	7
<i>La oración de los fieles</i>	7
C) LA LITURGIA EUCARÍSTICA.....	8
<i>Pronunció la acción de gracias (1)</i>	9
<i>Pronunció la acción de gracias (2)</i>	9
<i>Pronunció la acción de gracias (3)</i>	9
<i>Pronunció la acción de gracias (y 4)</i>	9
<i>Lo partió</i>	10
<i>Y lo dio a sus discípulos: la comunión</i>	10
D) NOS DESPEDIMOS.....	10
CONOCER LA LITURGIA.....	11
EL AÑO LITÚRGICO.....	11
* Adviento.....	11
* Navidad.....	11
* Cuaresma.....	12
* Triduo Pascual y tiempo de Pascua.....	12
* Tiempo ordinario.....	12
LOS LIBROS LITÚRGICOS.....	12

El Misal.....	12
El Leccionario.....	13
El Ritual.....	13
El Pontifical.....	13
La Oración de los Fieles.....	13
La Liturgia de las Horas.....	13
LOS ORNAMENTOS SAGRADOS DE LOS MINISTROS	13
El alba.....	13
El amito.....	14
La estola.....	14
La casulla.....	14
La dalmática.....	14
La capa pluvial.....	14
El humeral.....	14
El roquete.....	14
Las insignias episcopales.....	15
LOS COLORES LITÚRGICOS	15
LOS OBJETOS LITÚRGICOS	15
LOS LUGARES DE LA CELEBRACIÓN	17
Una sala grande.....	17
El presbiterio.....	18
El bautisterio (baptisterio).....	18
El confesionario (confesonario).....	18
La capilla del Santísimo.....	19
EL MONAGUILLO DURANTE LA MISA	19
INICIO	19
LITURGIA DE LA PALABRA	20
LITURGIA DE LA EUCARISTÍA	21
DESPEDIDA	22

QUÉ ES LA MISA

1. La Santa Cena de Jesús

Jesús, como buen israelita, celebraba todos los años la Pascua, es decir, la libertad que Dios había alcanzado para su pueblo amado, cuando les hizo atravesar el mar Rojo y los liberó de las manos del faraón. Jesús celebró la Pascua durante muchos años con su familia, y luego con los apóstoles y discípulos que le seguían. La celebración consistía en una cena muy festiva en la que, con cantos, oraciones y signos, recordaban la última cena que hicieron en Egipto antes de partir y, sobre todo, recordaban el amor que Dios les demostró conduciéndolos hasta su tierra.

También para Jesús llegó su última cena, la Santa Cena. Había predicado durante unos años que los hombres tenían que aprender a amar como Dios y abandonar el pecado. Y sabía que había llegado ya el momento de dar su vida en la cruz, y que todo el mundo se diese cuenta de hasta qué punto ama Dios. Se reunió, por tanto, con

sus apóstoles para celebrar la Pascua, pero esta vez fue distinto- Jesús les dijo, en primer lugar, que si querían ser sus discípulos tenían que amarse y ayudarse en todo, y para demostrárselo, El mismo les lavó a todos los pies. Esto, que en aquella época lo hacían los criados, lo quiso hacer Él -el Hijo de Dios- para darles ejemplo. Y luego, cuando estaban ya en la mesa, Jesús tomó el pan, dio gracias a Dios, su Padre, lo partió y les dijo: "Tomad y comed. Esto es mi cuerpo". Todos quedaron tan sorprendidos que no sabían lo que les pasaba. Y luego, Jesús tomó una copa llena de vino mezclado con un poco de agua y les dijo: "Esta es mi sangre, derramada por vosotros. Haced esto en conmemoración mía". De este modo. Jesús quiso quedarse con nosotros en el pan y el vino consagrados de la misa, para que todos sus discípulos participásemos de su Pascua. Una Pascua Nueva y Eterna.

2. La eucaristía: la muerte y la resurrección de Jesús

Ya sabemos lo que ocurrió con Jesús, el Señor, después de la última Cena. Lo encarcelaron, y, como si se tratase de un malhechor, lo clavaron en la cruz. ¡Cómo estarían los apóstoles! Y no digamos su Madre, la Virgen María.

Pero en el corazón de todos ellos estaba la luz que el mismo Jesús había encendido durante la última cena. La lección del amor, el pan y el vino que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, su serenidad y confianza en el Amor de su Padre del cielo. Todo era como una llama que iluminaba y daba calor en aquellos momentos de oscuridad y desconsuelo. Y esa luz se convirtió en rayo fulgurante, como el sol del mediodía, cuando el domingo por la mañana unos ángeles anuncian a las mujeres que iban al sepulcro de Jesús, que había resucitado. Ellas corrieron a explicarlo a Pedro y a los demás apóstoles, y sin acabar de creérselo, fueron al sepulcro, y entonces comprendieron todo lo que Jesús les había explicado, y cómo su muerte en cruz y toda su vida eran la manera como Dios les mostraba su Amor y nos salvaba del pecado y de la muerte.

También comprendieron que desde aquel momento la Pascua sería la muerte y la resurrección de Jesús, y que su última Cena es el anuncio y la celebración de este hecho. Por ello, todos los domingos -el día en el que Dios resucitó a su Hijo- los cristianos nos reunimos para celebrar la misa (también la llamamos eucaristía), ya que alrededor del altar con el pan y el vino, que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, repetimos la Pascua de Jesús, nuestro Salvador.

3. Los cristianos formamos el Pueblo de Dios

A partir de Jesucristo, de su vida, muerte y resurrección, y de la venida del Espíritu Santo, Dios hace que todos los hombres, sean de donde sean, puedan pertenecer a su pueblo elegido, que ya no está formado por los que nacen en un país concreto, dentro de un fronteras hechas por los hombres, sino que forman este nuevo pueblo de Dios todos los que se unen a Jesús por la fe en Él y por el sacramento del bautismo que es la puerta de los demás sacramentos.

Por tanto, somos miembros del pueblo de Dios personas del mundo entero, todas muy distintas, de costumbres que quizá no parecen en nada, de gustos muy diferentes, pero que, sin embargo porque creemos en el mismo Dios de Jesús, y hemos recibido el mismo bautismo, formamos este pueblo de Dios. Somos los cristianos.

Después de Jesús, los primeros miembros de este nuevo pueblo fueron los apóstoles y los discípulos del Señor, que convivieron con él y vieron todo lo que hacía y decía. Y aún, para ser más exactos, tenemos que recordar que la primera en este nuevo pueblo, la primera de todos, después del mismo Cristo, fue su Madre, la Virgen María.

Por eso, leemos con mucho interés en la Iglesia todo lo que nos explican los apóstoles y los evangelistas, porque, de su mano, y también por la Virgen, es como

mejor conocemos a Jesús, nuestro Salvador. Él es la Cabeza y el Pastor de este nuevo pueblo de Dios.

4. La Iglesia se reúne para celebrar la eucaristía

Al pueblo de Dios que nace de la Pascua de Cristo lo llamamos la Iglesia. Esta palabra significa "Asamblea", es decir, un grupo de personas que han sido convocadas para hacer algo, y especialmente para dar culto a Dios. Y nos podríamos preguntar: ¿por qué precisamente esta palabra? Pues porque los apóstoles y los discípulos de Jesús, después de la muerte y resurrección del Maestro, siguieron juntos, sabiendo como sabían que Jesús estaba presente en medio de ellos. Lo sabían porque Jesús se les apareció, resucitado, para que comprendieran que estaba vivo y no los iba a dejar solos.

El mismo día de la resurrección -el domingo- el Señor se hace presente cuando sus amigos y apóstoles estaban reunidos. Al cabo de ocho días, se hizo presente de nuevo. Y así, siempre, los cristianos nos hemos reunido todos los domingos (e incluso todos los días) para celebrar la Eucaristía, ya que sabemos que, de este modo, Jesús está presente entre nosotros de una forma muy especial. Él mismo nos ordenó que celebrásemos su Pascua reunidos alrededor del altar.

5. El domingo, día del Señor

Cuando ya había terminado el descanso del sábado, las mujeres fueron al sepulcro de Jesús para ungir su cuerpo con los ungüentos funerarios, según las costumbres de aquella época. Era domingo, muy de mañana. Andaban tristes, por la gran injusticia que habían cometido con su Maestro clavándolo en una cruz. Además, se preguntaban cómo podrían apartar la gran piedra que cerraba la tumba, temiendo que quizá no podrían entrar.

Con estos pensamientos llegaron al lugar en el que habían enterrado a Jesús. Al llegar, se dan cuenta de que alguien había quitado la piedra. "¿Qué significa esto? ¡No es normal!", pensaban asustadas. Entran y ven que Jesús no está. "¡Alguien lo ha robado! Pero, ¿por qué?".

En medio de estos pensamientos, oyen una voz amable, se vuelven y ven a un joven vestido de blanco, con rostro de ángel, que les dice: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado". En cuanto oyeron estas palabras se fueron corriendo a ver a los apóstoles. Se lo contaron y, enseguida, Pedro -el primero de los doce- y Juan fueron a comprobarlo; no acababan de creérselo. Luego, una vez hubieron visto lo que las mujeres les explicaban comprendieron que el Señor había resucitado, y recordaron que ya él, en alguna ocasión, se lo había dicho: "Al tercer día resucitaré". Y así fue. Aquel mismo domingo, al atardecer, se les apareció y lo vieron, con gran alegría por parte de todos. Desde entonces, el día siguiente al sábado, es decir, el domingo, es el día del Señor, y celebramos la Eucaristía porque es el memorial de la muerte y resurrección de nuestro Salvador.

6. Los nombres de la eucaristía

La celebración de la Pascua del Señor ha tenido y tiene distintos nombres. Cada palabra expresa un aspecto y, a partir de él, se designa toda la realidad. Veámoslo.

* Fracción del pan. Hace referencia al momento en el que se parte el pan antes de comulgar. Es un gesto muy importante porque, de hecho, Jesús, muerto y resucitado, es el pan partido que da la vida a todos los que lo comen. También significa que, al comer todos un trozo del mismo pan, somos una sola cosa, como el pan que es también uno solo. Así expresamos que somos hermanos en Jesucristo.

* Eucaristía. Muy pronto apareció esta palabra. Viene del griego, y significa "acción de gracias". Y así es. Toda la celebración es una gran plegaria de bendición o acción de gracias a Dios Padre, por Jesucristo, su Hijo muerto y resucitado, en el Espíritu

Santo. En la celebración la plegaria principal se llama precisamente "plegaria eucarística". En ella, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo y pronuncia las mismas palabras del Señor.

* Misa. Cuando la celebración se hacía en latín, el sacerdote decía al terminar: "Ite, missa est": "Id, es la despedida". Y entonces todo el mundo se iba. Como cuando ahora decimos: "Podéis ir en paz". Pero con eso no queremos decir -ni ahora ni antes- que la misa se haya terminado y ya nos podemos olvidar del asunto; también se quiere hacer ver que, después de haber participado en la celebración, los cristianos tenemos la misión (palabra que se parece a "misa") de ser testimonios del evangelio allí donde vayamos y de llevar a todas partes, con nuestro ejemplo y nuestras palabras, a Jesús, que se nos ha dado.

7. La asamblea que celebra

Cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía formamos una asamblea. Somos una imagen de lo que es la Iglesia. Y en esta celebración no todos hacemos las mismas cosas. Hay distintos ministerios (=servicios), según lo que es cada uno.

Está el sacerdote (o el obispo). A veces también, junto a él, ayudándolo, hay uno o dos diáconos. Todos ellos, los obispos, los sacerdotes y los diáconos, son ministros que han recibido el sacramento del Orden; el obispo y el sacerdote para presidir y consagrar el pan y el vino (su ministerio es indispensable; sin ellos no podríamos celebrar la Eucaristía); el diácono, como servidor del evangelio y del altar.

Luego están los lectores y los acólitos. Los primeros proclaman las lecturas de la Palabra de Dios (excepto el evangelio) y es un servicio muy importante. Y los acólitos y monaguillos sirven al altar y ayudan al diácono en todo lo que necesita para poder celebrar la Eucaristía.

Está también el cantor, es decir, aquella persona que hace cantar a toda la asamblea, puesto que el canto es muy importante en la celebración litúrgica. Puede haber también una coral que acompañe con sus cantos. Y, naturalmente, los que tocan el órgano u otros instrumentos musicales si los hay.

Todos ellos, junto con las demás personas que realizan otros servicios y con las que participan de la misa sin ejercer ningún ministerio, forman la asamblea que celebra la Pascua del Señor.

LAS PARTES DE LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA.

A) SE FORMA LA ASAMBLEA: RITOS INTRODUCTORIOS

Hemos llegado a la iglesia, buscamos un lugar que esté cerca del altar y nos preparamos para la misa. Es muy importante llegar con tiempo. Conviene tener unos momentos de oración y quietud antes de la celebración.

El cantor nos invita a iniciar el canto justo antes de la entrada del sacerdote y de los ministros que lo acompañan. Todos nos ponemos de pie al empezar la celebración, ya que el Señor está presente en nuestra asamblea y también en la persona del obispo o del sacerdote que preside y que, en este momento, entra.

Ante el altar todos ellos hacen una inclinación para mostrar su veneración, y los ministros ordenados lo besan, ya que son sus servidores y en él recuerdan al mismo Cristo.

Al llegar a la sede -su lugar propio como presidente de la celebración- el sacerdote invoca a la Trinidad con la señal de la cruz y saluda a la asamblea, diciendo: "El Señor esté con vosotros" (u otro saludo semejante). Todo el mundo responde: "Y con tu

espíritu". Así reconocemos lo que antes decíamos: que Cristo está presente en todos los reunidos y en la persona del ministro ordenado.

A continuación pedimos perdón de nuestros pecados y, así, humildemente, nos preparamos para recibir a Cristo. Si es domingo o una fiesta importante cantamos el himno del Gloria y, al terminar, el sacerdote, después de decir Oremos y de un momento de silencio, recita una oración, al término de la cual todo el mundo aclama: Amén.

Así estamos ya dispuestos para acoger la proclamación de la Palabra de Dios.

B) LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la misa podemos decir que se nos preparan dos mesas para que podamos alimentar nuestra vida cristiana. La primera de estas mesas es la de la Palabra de Dios. Es muy importante. Naturalmente que en casa, o en la catequesis, o en la escuela, también podemos leer la Biblia y aprender lo que nos dice, pero cuando en la celebración de la Eucaristía leemos sus páginas, hacemos mucho más: ¡celebramos la Palabra de Dios! Y, al hacerlo, estamos celebrando a Jesucristo, ya que Él es la misma Palabra que se hizo hombre. Por eso, cuando en la misa escuchamos las lecturas estamos escuchando a Cristo. De modo que hay que estar muy atentos. Ayuda mucho haber leído las lecturas en casa antes de escucharlas en la misa. Y, si alguna vez tenemos que proclamar la Palabra de Dios, tenemos que prepararnos bien, y recordar que por nuestra voz está hablando el Señor. ¡Qué responsabilidad y, al mismo tiempo, qué alegría!

La primera lectura

En los domingos y las fiestas importantes, en la misa proclamamos tres lecturas. La primera, casi siempre (excepto en el tiempo pascual) es del Antiguo Testamento. Son narraciones de la historia del pueblo de Israel, de los escritos de los profetas, etc. Esta lectura, si la escuchamos con atención, nos prepara muy bien para comprender el evangelio que se nos leerá luego. Nos ayuda a descubrir de qué forma desde el tiempo del pueblo de Israel Dios preparaba la venida de su Hijo y su salvación. El sacerdote, en la predicación, nos ayudará a ver esa relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Con todo, nosotros, al escuchar la primera lectura -y más si la hemos leído antes en casa- ya nos disponemos a ver de qué modo estas palabras escritas hace tantos siglos se cumplen en Jesús.

Al terminar la lectura el lector dice solemnemente: Palabra de Dios, y toda la asamblea responde: Te alabamos, Señor.

El salmo responsorial

Después de la primera lectura, cantamos el salmo responsorial. El libro de los salmos es también del Antiguo Testamento, y recoge las oraciones más queridas e importantes porque forman parte de la Biblia y, así, nos hablan de Cristo. El mismo Jesús las rezaba todos los días.

Y se llama "responsorial" porque normalmente, en la misa, un salmista canta o lee el salmo, y todos respondemos una frase, como en un diálogo.

Este momento, por tanto, dentro de la liturgia de la Palabra, no sólo es para escuchar sino también para rezar -con la misma palabra de Dios- en respuesta a la primera lectura que se nos ha proclamado.

La segunda lectura

Después de haber escuchado una lectura del Antiguo Testamento y haber rezado con las palabras del salmo, ahora nos disponemos a escuchar atentamente lo que nos dirá el apóstol. En el Nuevo Testamento tenemos algunas cartas que los apóstoles

enviaban a los cristianos de su tiempo, explicando lo que significa ser cristiano; forman parte de la Biblia y, por tanto, son Palabra de Dios.

Proclamamos con gusto las cartas de san Pablo, san Pedro, san Juan, etc., porque son los primeros testigos de las palabras y las obras de Jesús, y, sobre todo, de su muerte y resurrección.

Así, siendo como somos una Iglesia Apostólica, cada vez que escuchamos las palabras de los apóstoles reafirmamos nuestra fe en Jesucristo.

Al terminar también aquí el lector dice: Palabra de Dios con la misma respuesta de la asamblea.

El evangelio

En este momento la liturgia de la Palabra alcanza su culminación. Y lo expresamos con gestos y con mayor solemnidad. En primer lugar, el que proclama el evangelio es un ministro ordenado, un diácono o, si no lo hay, un sacerdote. Todos nos ponemos de pie para escuchar las mismas palabras de Cristo. Asimismo, si la celebración es solemne, podemos acompañar el libro del evangelio con cirios e incienso. El diácono - o el sacerdote- proclama el evangelio y, al terminar, aclama Palabra del Señor, y todos respondemos con otra aclamación: Gloria a ti, Señor Jesús. Una vez el ministro ha proclamado el evangelio, besa el libro (¡son las palabras de Cristo!).

Con todos estos gestos, así como con el canto del aleluya que ha precedido a la lectura, queremos expresar que la proclamación del evangelio es el momento culminante de esta primera parte de la misa.

La homilía

Después de haber escuchado la proclamación del evangelio, el sacerdote que preside, o bien algún otro ministro ordenado que concelebra, dirige a toda la asamblea unas palabras. Es la homilía. Así, explica lo que hemos escuchado en las lecturas bíblicas, para que podamos entenderlas bien, y nos ayuda a aplicarlas a nuestra vida de cada día.

Este momento de la misa tiene también mucha importancia. No podemos aprovechar este rato para ponernos a leer o para distraernos mirando a la gente, sino que hay que prestar mucha atención, ya que en las palabras del sacerdote también nos está hablando el Señor a fin de mover nuestro corazón hacia Él. Si lo hacemos así, viviremos la celebración de la Eucaristía y toda la vida cristiana con más sentido evangélico.

La profesión de fe

Es lo que llamamos el Credo. Esta palabra latina quiere decir "Creo", y con ella comienza la profesión de fe. Una vez el sacerdote ha terminado la homilía, todos nos ponemos de pie, y, si es domingo o una solemnidad, a una sola voz recitamos esta fórmula antiquísima en la que expresamos -con toda la Iglesia- qué es lo que creemos. Después de haber escuchado a Dios en las lecturas de su Palabra, ahora todos le respondemos diciendo que creemos en todo lo que nos ha revelado, en todo lo que nos ha enseñado en la Sagrada Escritura y, especialmente, en la persona de su Hijo Jesucristo. Es como un diálogo. Dios habla y nosotros escuchamos; luego nosotros hablamos, manifestando nuestra fe, y Dios escucha complacido.

Asimismo, es muy oportuno que en este momento de la misa digamos el Credo, porque estamos a punto de ir hacia el altar, donde se realizará el gran milagro de la Eucaristía, del Cuerpo y de la Sangre del Señor, fuente y cumbre de nuestra vida de fe. Es una magnífica forma de prepararnos.

La oración de los fieles

Antes de llevar las ofrendas al altar y comenzar así la liturgia eucarística, tiene lugar la oración de los fieles. Es un momento importante. En ella todos los que estamos reunidos en asamblea cristiana, nos acordamos de nuestros pastores, el Papa, nuestro obispo y los demás obispos; también pedimos por toda la Iglesia, y para que haya paz en el mundo y prosperidad, así como por todos los hombres y mujeres, hermanos nuestros, que sufren por algún motivo. Para todos pedimos la ayuda de nuestro Dios. También rezamos por nuestros difuntos, para que sus pecados sean perdonados y puedan ser felices en el cielo. Y, claro está, no nos olvidamos de los que estamos en misa en aquel momento. También por nosotros intercedemos pidiendo la bendición del Señor.

Como hemos dicho antes, es una plegaria muy importante, y por eso hay que hacerla bien. No podemos dejarla a la improvisación del momento, ni tampoco hacerla a toda prisa, sin prestarle atención. A cada intención todos respondemos, a una sola voz y con todo el deseo de ser escuchados por el Señor, la respuesta que nos indiquen: Te rogamos, óyenos; Te lo pedimos, Señor; etc.

La respuesta también puede cantarse. Así le damos solemnidad y nos ayuda a recordar la importancia de este momento.

C) LA LITURGIA EUCARÍSTICA

Comienza la segunda parte de la misa. Ya hemos dicho que en la celebración se nos preparan dos mesas: la primera es la de la Palabra, y la centramos especialmente en torno al ambón desde el que se proclaman las lecturas. Ahora, en la liturgia eucarística, nos disponemos a participar de la segunda mesa, la del Cuerpo y la Sangre del Señor. Y el lugar es el altar.

Para comprender el desarrollo de esta parte de la misa, podemos recordar las palabras del evangelio, cuando nos cuentan lo que hizo Jesús durante la última cena con sus apóstoles. Sentados a la mesa, el Señor "tomó el pan, pronunció la acción de gracias, lo partió, y lo dio a sus discípulos". Estos cuatro gestos son los que hacemos en la liturgia eucarística. Y aquí, la importancia del sacerdote es capital. Él hace lo que hizo Jesús y dice lo que dijo Jesús. Es otro Cristo.

Diréis que esto es muy grande. Y tenéis razón. Ser sacerdote es algo muy grande. Por eso los que han sido llamados por el Señor con esta vocación dan continuas gracias a Dios.

Tomó el pan

El diácono -o el mismo presidente- prepara el altar. En las fiestas importantes, algunos miembros de la comunidad llevan en procesión el pan y el vino para la Eucaristía. El sacerdote lo acoge, puesto que él es un servidor del pueblo de Dios, de la comunidad. También, a veces, en este momento se presenta lo que se ha recogido para los hermanos que sufren la pobreza, para significar que la Eucaristía nos tiene que mover a la caridad sincera y generosa.

A continuación, cuando el pan y el vino -mezclado con un poco de agua, como hizo Jesús- están ya preparados, el sacerdote toma primero uno y luego otro y, en silencio, dice una oración a Dios; algunos días solemnes, perfuma también esos dones con el incienso, así como el altar, la asamblea, y él mismo. Todos unidos como una sola cosa en torno al altar.

Terminado este rito, el sacerdote se lava las manos. No porque las tenga sucias, sino para acompañar con este rito una oración pidiendo a Dios que perdone sus pecados, porque se dispone a comenzar la gran oración de la Iglesia. Así se prepara. El agua que limpia las manos es una imagen de la gracia de Dios que purifica su corazón.

Con estas palabras y estos gestos hemos desarrollado la primera frase: "Tomó el pan".

Pronunció la acción de gracias (1)

Ahora comienza la plegaria eucarística, el punto culminante de toda la misa. En ella el pan y el vino se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Se comienza con un diálogo entre el sacerdote y la comunidad: "El Señor esté con vosotros. Y con tu espíritu ". Luego invita a todos a levantar los corazones a Dios, a no pensar en nada más que en lo que va a suceder ahora; por eso dice: "Levantemos el corazón ". Y todo el mundo responde: "Lo tenemos levantado hacia el Señor". Finalmente, invita a toda la asamblea a rezar con él:

"Demos gracias al Señor nuestro Dios ", y todo el mundo contesta: "Es justo y necesario". De esta manera, con este diálogo, todos nos damos cuenta de la importancia de lo que ahora vamos a hacer y de que no se trata de algo privado del sacerdote, sino de toda la comunidad. Todos tenemos que participar muy activamente.

Pronunció la acción de gracias (2)

Después del diálogo introductorio, el sacerdote proclama el prefacio. Con él da gracias a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros, por nuestra salvación. Son unas palabras muy alegres, solemnes, que ponen a toda la comunidad en una actitud de verdadera alegría cristiana. De ahí que, los domingos y días de fiesta, sea tan adecuado que el sacerdote lo cante.

Este texto termina con el canto, por parte de toda la comunidad, del Santo, santo, santo. Con estas palabras nos damos cuenta de que la oración nos ha situado en presencia de la majestad de Dios, e imitamos a los ángeles y los santos que, en el cielo, adoran y alaban al Señor sin cesar y son felices eternamente.

Alrededor del altar de la tierra, saboreamos ya la alegría del cielo, donde veremos a Dios cara a cara y nuestra alegría será inmensa, para siempre.

Pronunció la acción de gracias (3)

Después del Santo, santo, santo, prosigue la plegaria, y es entonces cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo sobre el pan y el vino, y a continuación repite las palabras de Jesús en la última cena: "*Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre...*".

A partir de este momento el pan ya es el Cuerpo de Cristo, y el vino su Sangre, y el sacerdote los muestra a la comunidad para que todo el mundo pueda ver y adorar en el fondo de su corazón la presencia del Señor.

Terminada la consagración, toda la asamblea proclama el misterio de la fe que allí se ha realizado, aclamando (cantándolo, si es posible): "*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!*". Luego, el sacerdote recuerda esa muerte y resurrección de Jesús, *ofrece* al Padre "el pan de vida y el cáliz de salvación", y pide que el Espíritu Santo (el mismo que acaba de consagrar el pan y el vino) una en un solo cuerpo a todos los que participarán de él.

Pronunció la acción de gracias (y 4)

Esta gran plegaria de acción de gracias llega ya a su conclusión. El sacerdote recuerda a los vivos, especialmente el Papa y el propio obispo, a los que están en la iglesia en este momento y a los ausentes, pidiendo la intercesión de los santos; y también pide por los difuntos, para los que suplica la luz de la mirada de Dios.

Y seguidamente, el sacerdote toma la patena con el Cuerpo del Señor, y el cáliz con su Sangre, y, elevándolos a la vista de todos, acaba la oración al Padre proclamando: "*Por Cristo, con él y en él, a ti. Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos*". Y toda la comunidad, a una sola voz, dice el *Amén* que acaba la plegaria eucarística. Una palabra muy breve, pero muy importante porque es toda una profesión de fe y una

adhesión a lo que el sacerdote ha dicho. Por eso hay que decir ese *Amén* en voz alta y clara.

Este *Amén* comunitario concluye la oración principal de la misa, en la que el pan y el vino se han convertido en Cuerpo y Sangre de Cristo. Así estamos ya en disposición de comulgar.

Con estas palabras y estos gestos hemos desarrollado la frase "*Pronunció la acción de gracias*".

Lo partió

Sobre el altar se ha realizado el mayor milagro: el pan y el vino se han convertido en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Ahora nos disponemos a participar de él en la comunión. Por eso nos preparamos rezando el *Padrenuestro*; ahí pedimos que el Señor nos dé hoy el pan de cada día, que aquí se refiere a la Eucaristía, y que nos perdone las culpas, de modo que podamos comulgar como es debido, alejados del pecado. Y aún, para mostrar que tenemos en nuestro corazón sentimientos de paz y de perdón, intercambiamos, unos con otros, un gesto de paz. Es muy importante recordar en este momento que no podemos celebrar la Eucaristía si no tenemos la caridad en nosotros; que no podemos acoger a Cristo presente en el pan y el vino consagrados y, al mismo tiempo, rechazar a Cristo presente en los hermanos. Este rito -realizado con respeto y sencillez, con los que tenemos al lado- nos lo recuerda y lo quiere manifestar.

Después de esto, el sacerdote realiza el importante gesto del Señor *de partir el pan*. Hay que estar atentos, y no distraerse con nada ni con nadie. Mientras cantamos la letanía "Cordero de Dios", miramos cómo es roto el Cuerpo de Cristo, como un día fue también "roto" en la cruz. Este gesto *con razón impresionaba a los primeros cristianos, hasta el punto de que llamaban a toda la celebración "la fracción del pan"*. También nosotros, cuando el sacerdote parte el pan, vemos en este gesto a Cristo que da su vida para la salvación de todos los hombres.

Y lo dio a sus discípulos: la comunión

Hemos llegado al momento de la comunión. El sacerdote muestra el pan consagrado y partido a la comunidad, y dice: *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los llamados a la mesa del Señor*. Y toda la asamblea contesta: *Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*. Fijémonos que ahora hablamos en singular. No decimos "no somos dignos", sino "no soy digno", ya que en la comunión el Señor se nos da a cada uno, personalmente.

El sacerdote, entonces, comulga y, seguidamente, hace lo que hizo el Señor: dar el pan consagrado a los discípulos, diciendo a cada uno: *El Cuerpo de Cristo*. Y cada uno contesta: *Amén*. Este *Amen* es también muy importante. Lo que hemos dicho antes era comunitario, ahora lo pronuncia cada uno. La fe en Cristo es al mismo tiempo personal y comunitaria. Y eso en la misa se ve muy bien.

Y lo mismo hacemos también si se nos da a comulgar el cáliz.

Hemos desarrollado ya los cuatro momentos de toda la liturgia eucarística. Después de comulgar, en un breve momento de silencio, cada uno agradece en su interior que el Señor haya querido venir a nuestra casa, es decir, a nuestra vida.

D) NOS DESPEDIMOS

Cuando ha terminado la comunión, el sacerdote vuelve al altar, o a la sede, y desde allí pronuncia la última oración. Luego **bendice a todos** invocando a la Santísima Trinidad, mientras hace la señal de la cruz, y luego el diácono -o el mismo sacerdote- **despide a la asamblea**: "Podéis ir en paz". Con ello se quiere significar que la celebración ha terminado, y que tenemos que llevar a nuestra actividad de cada día todo lo que hemos visto y oído: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Y para recibir ayuda y fortaleza para vivir evangélicamente se nos da la bendición.

Cada uno sale de la iglesia con el corazón renovado, y con más ganas de ser como Jesús, muy fieles a la voluntad de Dios, más creyentes y más capaces de amar como el Maestro nos ha enseñado con sus palabras y su ejemplo.

"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos", dice Jesús. En la misa renovamos sacramentalmente esta entrega que hizo Jesucristo de su Vida por nosotros, sus amigos. ¡Cómo nos ama Dios!

CONOCER LA LITURGIA

El monaguillo tiene que estar bien formado en el conocimiento la liturgia en su sentido más hondo. Esto no lo logrará de repente, pero poco a poco el responsable del grupo de acólitos tiene que ayudarles a lograr este objetivo. Es lo que recomienda muy claramente el Concilio Vaticano II cuando habla de los que tienen a ministerio litúrgico: "Es preciso que cada uno a su manera esté fundamente penetrado del espíritu de la liturgia y que sea instruido para cumplir su función debida y ordenadamente" (SC 29)

EL AÑO LITÚRGICO

La Iglesia celebra con un recuerdo sagrado, en días determinados a lo largo del año, la obra salvadora de Cristo.

Cada semana, en el día llamado "del Señor" o domingo, hace memoria de la resurrección de Jesús, que, además, una vez celebra unida con su pasión en la máxima solemnidad de la Pascua.

Explica todo el misterio de Cristo en el ciclo del año, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés espera de la venida del Señor.

El año litúrgico se divide en cinco tiempos litúrgicos:

* **Adviento.**

La palabra significa "retorno", "llegada", y viene del latín "adventus". Es el tiempo de cuatro semanas antes de la Navidad, y forma una unidad con ella y con la Epifanía. La primera parte de este tiempo llega hasta el 16 de diciembre, y en ella la Iglesia mira a la segunda venida del Señor; la segunda parte, del 17 al 24 de diciembre, la liturgia nos prepara a las celebraciones del Nacimiento de Cristo.

* **Navidad.**

Todos los años, el 25 de diciembre los cristianos celebramos el nacimiento del Hijo de Dios. Este tiempo litúrgico comienza al atardecer del día 24 y termina el domingo después de la Epifanía, es decir, el domingo del Bautismo del Señor. La solemnidad de la Epifanía (6 de enero) es muy importante; en ella celebramos la manifestación de Cristo Jesús a todos los pueblos de la tierra, representados en los magos de Oriente. Y aún podemos destacar también que la solemnidad del día de Navidad se alarga

durante ocho días, hasta el 1 de enero, solemnidad de Santa María, Madre de Dios; y el domingo que hay dentro de estos ocho días es la fiesta de la Sagrada Familia.

*** Cuaresma.**

Esta palabra viene del latín "quadagesima dies" y significa "el día cuarenta" antes de la Pascua. Comienza el miércoles de ceniza y termina el jueves santo por la tarde antes de la misa de la Cena del Señor. Durante cuarenta días, pues, los cristianos nos preparamos para la Pascua, y lo hacemos escuchando la Palabra de Dios, rezando, haciendo obras de caridad y de penitencia. Así imitamos a Jesús que, durante cuarenta días y cuarenta noches, se retiró al desierto a orar al Padre y a ayunar. De este modo nuestra vida se renueva muriendo al pecado y resucitando a la vida de Dios.

*** Semana Santa.**

Al final de este tiempo encontramos la **Semana Santa**. Comienza con el domingo de la Pasión o de Ramos, y acaba al empezar el domingo de Pascua. Por tanto, abarca los últimos días de la Cuaresma hasta el jueves santo por la tarde, y los dos primeros días del Triduo Pascual.

*** Triduo Pascual y tiempo de Pascua.**

El Triduo (que significa "tres días") Pascual está formado por el viernes y sábado santos, y por el domingo de Pascua, considerando la misa vespertina del jueves santo de la Cena del Señor como su prólogo o introducción. El Triduo Pascual termina al terminar el domingo de resurrección. El viernes y el sábado no se celebra la Eucaristía, en espera de la gran Vigilia Pascual. Además, el viernes santo y, según la oportunidad, también el sábado santo, se celebra el sagrado ayuno de la Pascua.

El **tiempo de Pascua** comienza el domingo de la resurrección del Señor y dura cincuenta días hasta el domingo de Pentecostés, en que celebramos la venida del Espíritu Santo. Durante estas semanas se alarga la fiesta como si se tratase de *un gran domingo*, sobre todo la primera semana, llamada "octava de Pascua". Durante este tiempo vivimos la alegría de la resurrección y la victoria del amor de Dios sobre el pecado y la muerte. El *Aleluya* resuena durante estas semanas con todo su vigor.

*** Tiempo ordinario.**

Además de los tiempos que tienen un carácter propio, quedan 33 o 34 semanas en el curso del año en las que no se celebra ningún aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino que se recuerda más bien ese misterio en su globalidad, principalmente los domingos. El tiempo ordinario comienza el lunes siguiente al domingo posterior al 6 de enero, es decir, el día siguiente a la fiesta del Bautismo del Señor, y se extiende hasta el martes antes de la Cuaresma; y se retoma de nuevo el lunes siguiente al domingo de Pentecostés para acabar el día antes del primer domingo de Adviento.

Durante estas semanas se pone en evidencia la primacía del domingo cristiano, y se nos ofrece la escuela permanente de la Palabra bíblica. Asimismo, nos hace descubrir el valor del día a día, y de qué manera la vida cotidiana es también un tiempo de salvación.

LOS LIBROS LITÚRGICOS

El Misal.

Es el libro que contiene las oraciones propias de la misa y señala los ritos que hay que seguir para celebrarla. Este libro lo usa el sacerdote que preside y también los concelebrantes en la plegaria eucarística. Primero se coloca cerca de la sede y luego en el altar. Un monaguillo lo acerca al sacerdote siempre que lo necesita.

El Leccionario.

Es el libro en el que se encuentran las lecturas bíblicas que se leen en las acciones litúrgicas. Hay cuatro clases de leccionarios:

El dominical y festivo: contiene las lecturas para todos los domingos del año y de las principales fiestas y solemnidades, y está dividido en tres ciclos (A, B y C), según el evangelista que se lee cada año: en el A san Mateo, en el B san Marcos, en el C san Lucas.

El ferial: contiene las lecturas de las misas de los días laborables.

El santoral: contiene las lecturas para las celebraciones de los santos.

El de misas diversas: contiene las lecturas para las misas rituales, por motivos diversos, votivas y de difuntos.

El Ritual.

Es el libro que contiene las celebraciones de los distintos sacramentos (excepto la misa) y también de los sacramentales.

El Pontifical.

Es el libro que contiene las oraciones y los ritos para las celebraciones de los sacramentos y sacramentales reservados a los obispos: confirmación, orden sagrado, bendición de los santos óleos, bendición de los abades y abadesas, consagración de vírgenes, institución de lectores y acólitos, dedicación de iglesias y altares.

La Oración de los Fieles.

Es un libro de composición libre, en el que se recogen distintos formularios para la oración universal de la misa. Con este libro pedimos por todas las personas y ejercemos así la intercesión delante de Dios.

La Liturgia de las Horas.

Es el libro de la oración de toda la Iglesia. En él encontramos salmos, lecturas bíblicas, escritos de los santos padres, himnos, intercesiones. Comprende la oración de la mañana (laudes), la hora intermedia, la oración del atardecer (vísperas), completas (antes del descanso nocturno), y el oficio de lectura. Tienen obligación de rezar con estas oraciones los ministros ordenados, los monjes y monjas, y los religiosos. Pero es una oración de toda la Iglesia, que todos los bautizados, todos los cristianos, están también invitados a rezar.

LOS ORNAMENTOS SAGRADOS DE LOS MINISTROS

Dice la introducción del Misal (n. 297) que la variedad de ministerios en la Iglesia se pone de manifiesto, en el culto, a través de la diversidad de las vestiduras sagradas, que contribuyen también a la belleza de la acción litúrgica. Asimismo, el hecho de que los ministros lleven unos vestidos distintos de los ordinarios, ayuda a ver que la liturgia nos introduce en un mundo distinto que no es el de la calle, sino prefiguración de la vida celestial, como nos lo recuerda muy bien el libro del Apocalipsis.

El alba.

Es una túnica blanca (de ahí su nombre) que puede ir más o menos ceñida al cuerpo. Si es necesario se puede ajustar a la cintura con un cíngulo (que puede tener forma de cordón o cinta de tela más o menos amplia). El alba es el vestido básico para todos los ministros en la celebración litúrgica y, por tanto, es el más recomendable para monaguillos o acólitos.

El amito.

Es una pieza de ropa, mayormente blanca, que se pone bajo el alba y tiene la función de tapar el cuello del vestido ordinario cuando el alba no lo cubre del todo. Puede tener forma de capucha.

La estola.

Es una pieza de tela que puede ser de color blanco o de los demás colores que usa la liturgia. El sacerdote se coloca la estola en torno al cuello, dejando que cuelgue ante el pecho; el diácono la lleva cruzada, pasando del hombro izquierdo, por encima del pecho, hasta el lado derecho del cuerpo, sujetándola ahí. Con ella, y por la forma de llevarla, quedan identificados los ministros ordenados ante la asamblea.

La casulla.

Esta palabra también deriva del latín, y significa "casa pequeña", lo cual ya nos dice mucho sobre su forma. Es un manto amplio, abierto por los lados (sin mangas) y con una abertura en el centro para pasar por ella la cabeza. Cubre todo el cuerpo, y además de identificar al presidente de la Eucaristía, lo viste totalmente casi hasta los pies, de modo que da a su figura un aspecto digno y elegante. Este vestido acostumbra a llevar ornamentos y apliques que la embellecen. La casulla es el vestido propio del sacerdote que celebra la misa, y las demás acciones sagradas directamente relacionadas con la misa. Se coloca sobre el alba y la estola.

La dalmática.

Es también un vestido de forma elegante, semejante a la casulla pero con mangas y más ceñido al cuerpo. Es la vestidura propia del diácono y se pone sobre el alba y la estola.

La capa pluvial.

Es una pieza de ropa muy amplia, que cubre todo el cuerpo, sin mangas y abierta por delante de arriba abajo, que se sujeta con un broche. El sacerdote puede ponerse la capa pluvial en las procesiones, en la exposición del Santísimo, en la Liturgia de las Horas y en algunas otras acciones litúrgicas según normas de cada rito.

El humeral.

Es el paño que se pone sobre los hombros el que, por ejemplo, lleva el Santísimo en una procesión o da con él bendición al pueblo. Utilizando esta pieza de ropa se significa gran respeto que tenemos por el Cuerpo de Cristo, digno de máxima reverencia.

El roquete.

Se viste sobre la sotana, y es de color blanco, como un alba recortada, con mangas algo más cortas de lo normal, y se ciñe a la cintura. Lo pueden utilizar los ministros para celebrar la liturgia, siempre que no tengan que vestir la casulla o dalmática; tampoco lo pueden utilizar en la concelebración de misa. También se le da el nombre de sobrepelliz. Actualmente cada vez se utiliza menos, puesto que se prefiere utilizar el alba en todos los casos.

Las insignias episcopales.

El obispo lleva unas insignias que identifican como lo que es, cabeza y pastor del pueblo de Dios imagen de Aquel que es su única Cabeza y Pastor, Jesucristo. Son las siguientes:

* *La mitra.* Cubre la cabeza con dos bandas que cuelgan sobre los hombros llamadas ínfulas. El obispo ornamenta su cabeza con mitra para significar que representa a Aquel que es Cabeza del pueblo de Dios.

* *El báculo.* Es un bastón largo, que recuerda que el obispo es pastor de la diócesis, imagen del Buen Pastor, Jesucristo.

* *El anillo.* Signo de la fidelidad y del amor del obispo a la Iglesia.

* *La cruz pectoral.* Es una cruz que cuelga sobre el pecho mediante una cadena alrededor del cuello.

* *El palio.* Pequeña estola de lana blanca con seis cruces negras a su alrededor que reposa sobre los hombros de los arzobispos y que es signo de su autoridad y de su comunión con la sede de Roma. Se pone sobre la casulla.

LOS COLORES LITÚRGICOS

La diversidad de los colores en las vestiduras sagradas expresa, a lo largo del año litúrgico, el carácter propio de cada uno de los tiempos y fiestas que celebramos. Son los siguientes:

* *El color blanco.* Se utiliza en los oficios y misas del tiempo de Pascua y de Navidad. También en las fiestas y memorias del Señor, excepto las de su pasión; en las fiestas y memorias de la Virgen María, de los santos ángeles, y de los santos no mártires. También se utiliza en la celebración de los sacramentos (excepto en la penitencia y la unción de los enfermos).

* *El color rojo.* Se utiliza el domingo de Ramos y el Viernes Santo; el domingo de Pentecostés; en las celebraciones de la Pasión del Señor, en las fiestas de los apóstoles y los evangelistas, y en las celebraciones de los mártires.

* *El color verde.* Se utiliza en los oficios y misas del tiempo ordinario.

* *El color morado.* Se utiliza en el tiempo de Adviento y de Cuaresma. También se puede utilizar en los oficios y misas de difuntos. Asimismo, es el color propio para celebrar los sacramentos de la penitencia y de la unción de los enfermos.

* *El color negro.* Se puede utilizar en las misas de difuntos.

* *El color rosado.* Se puede utilizar el domingo III de Adviento ("Gaudete") y el domingo IV de Cuaresma ("Laetare").

LOS OBJETOS LITÚRGICOS

Para celebrar la misa y las demás acciones litúrgicas son necesarios distintos objetos. Algunos de ellos son totalmente indispensables, mientras que otros colaboran a la belleza y el decoro de la celebración. El buen monaguillo debe saber el nombre de cada uno de ellos y para qué sirven.

La cruz. Es el signo de nuestra redención, del sacrificio de Cristo y de su victoria sobre la muerte. La situamos sobre el altar o cerca de él, de modo que todo el pueblo la pueda ver bien. También abre las procesiones litúrgicas.

Los candelabros. En ellos ponemos las velas para que iluminen festivamente nuestras acciones litúrgicas, y se sitúan sobre el altar o a su alrededor, colocados de modo que el conjunto resulte armonioso. También acompañan a la cruz en las procesiones, a ambos lados, así como la proclamación del evangelio en las celebraciones solemnes (entonces se les llama "ciriales"). También al terminar la misa de la Cena del Señor, el jueves santo, se acompaña la Eucaristía a la reserva con un cierto número de candelabros o ciriales. Los que llevan los ciriales procesionalmente se llaman los *cerofentarios*.

Los vasos sagrados: el cáliz y la patena. De entre los objetos necesarios para celebrar la misa, merecen un honor especial los vasos sagrados, especialmente el cáliz y la patena, en los que se ofrecen el pan y el vino, se consagran y se comulga. El Misal nos dice que deben ser de materiales sólidos y nobles, y que hay que preferir los materiales que no se rompen fácilmente ni se corrompen. El *cáliz* tiene forma de copa, y en él se pone el vino que ha de ser consagrado. La *patena* es el recipiente en el que se coloca el pan que está destinado a la comunión. Ambos deben ser lo suficientemente grandes según el número de personas que participan en la misa; también a veces al recipiente para el pan se le denomina *copón* por la forma de copa que había tenido durante mucho tiempo. El nombre de "patena" también se emplea para designar a la que, en algunos lugares, el monaguillo sostiene bajo la boca del que comulga, para evitar que si cayera el pan eucarístico fuera a parar al suelo.

El corporal. Es una pieza de ropa cuadrada que se pone sobre el altar cuando se preparan las ofrendas, y sobre ella se depositan el pan y el vino de la Eucaristía. El nombre proviene del Cuerpo del Señor que reposará sobre él en la celebración de la misa. También se utiliza para la adoración del Santísimo, y puede ponerse también sobre una mesilla cuando se lleva la comunión a los enfermos.

El purificador. Es una pequeña toalla que se utiliza sobre todo para limpiar el cáliz y la patena después de la comunión.

El lavabo. Con esta expresión, además de indicar el gesto de lavar las manos al sacerdote que preside la eucaristía antes de la plegaria eucarística, también queremos significar los utensilios que empleamos para ello: una jarra con agua, un recipiente para ponerlo bajo las manos y recogerla, y la toalla con la que se seca.

La palia. Se puede utilizar para cubrir el cáliz para que no caiga nada en su interior.

Las vinajeras. Son dos jarras que contienen una el vino y otra el agua para el cáliz. Lo mejor es que sean de cristal, y la del vino mayor que la del agua (porque agua sólo se pone *un poco* en el cáliz). El monaguillo sirve las vinajeras al sacerdote o al diácono y este pone el vino y el agua en el cáliz.

El incienso y el incensario. El incienso es una resina especial muy aromática. En la celebración litúrgica su uso es signo de adoración a Cristo Señor, En la misa son incensadas todas aquellas personas o cosas que se refieren a Cristo: el altar porque está ungido con el crisma y, sosteniendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, es signo y recordatorio permanente de Cristo; el evangelionario porque es la misma Palabra de Cristo; el sacerdote porque celebra la liturgia representando a Cristo Cabeza y Pastor de su pueblo; la asamblea porque evoca la presencia de Cristo: "allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20); y también se incensa la cruz que está junto al altar y, al inicio de la misa, la imagen de la Virgen o del santo titular de la iglesia o parroquia. El incienso, con el humo oloroso que se eleva

al cielo, es también signo de la oración de los cristianos que sube hasta Dios, como lo leemos en el libro del Apocalipsis.

Asimismo, llamamos *incensario* el recipiente que sirve para ofrecer el incienso. Se aguanta con tres cadenas y contiene un pequeño brasero en el que se ponen los carbones encendidos sobre los que se tira el incienso para que al quemarse desprenda su aroma. Está cubierto por una tapadera que sube y baja mediante una cuarta cadena. Su uso exige una cierta pericia y no se puede utilizar sin haberlo preparado y ensayado antes. Al incensario también puede llamársele *turíbulo*, y el que lo lleva recibe el nombre de *turiferario*. En las procesiones va delante de todos, precediendo a la cruz y los ciriales.

La naveta. Es el recipiente en el que se lleva el incienso. Se llama así por la forma de pequeña nave que tradicionalmente ha tenido. Va acompañada de una cuchara, más o menos artística, que sirve para echar el incienso sobre los carbones encendidos.

El hisopo. Es el objeto que sirve para asperjar con agua bendita, y consiste en un manojo de ramas verdes atadas por la base o en un instrumento metálico que lleva en la cabeza del mango una bola con agujeros que retienen y esparcen el agua.

El cirio pascual. Es un cirio grande que se enciende al principio de la Vigilia Pascual y que simboliza la luz de Cristo resucitado.

Durante todo el tiempo de Pascua está en el presbiterio, preferentemente junto al ambón, y luego el resto del año está en el baptisterio. También se coloca junto al féretro en las exequias.

La custodia. Es un objeto de metal (los hay muy artísticos y ornamentados) en el que se coloca el pan eucarístico, el Cuerpo de Cristo, para mostrarlo a los fieles. Se usa sobre todo para la procesión del día de Corpus y en la exposición mayor del Santísimo.

El palio. Es el dosel sostenido por cuatro o más varas largas que cobija, en las procesiones, al sacerdote que lleva la custodia o una imagen sagrada.

La credencia. Es una pequeña mesa situada en el presbiterio, en un lugar discreto, sobre la que colocamos los vasos sagrados antes de llevarlos al altar, y todas las demás cosas que necesitamos en un momento determinado durante la celebración. Mejor que no lleve manteles blancos, para que no parezca un "mini-altar": es sólo un elemento funcional. Tampoco es conveniente que esté pegada al altar. Desplazarse a buscar el pan y el vino a la credencia resulta un gesto significativo de preparación de la Eucaristía.

LOS LUGARES DE LA CELEBRACIÓN

Para la celebración litúrgica hay unos lugares especialmente significativos. Los más importantes son los que ahora vamos a describir. Y tengamos en cuenta, antes que nada, que la **sacristía** es el lugar en el que se conserva todo lo necesario para la liturgia, y también el lugar en el que los ministros se revisten con los ornamentos antes de comenzar las acciones litúrgicas, para lo que debe ser un espacio ordenado y limpio, en el que reine el silencio y todo el mundo se pueda preparar adecuadamente para la celebración de la misa y de los demás sacramentos.

Una sala grande

Lo primero que nos llama la atención, al entrar en la iglesia, es encontrarnos en una sala con muchos bancos para sentarse, todos encarados hacia el mismo punto.

Este local espacioso y el mobiliario que se ve en él nos habla de un grupo de personas que allí se reúnen. Es la comunidad, la asamblea que hace presente a la Iglesia de Cristo cuando se reúne para celebrar los sacramentos, especialmente la Eucaristía. No hay manifestación más transparente de la Iglesia que esta: la reunión de los bautizados para celebrar la misa.

Pero no es un encuentro cualquiera. Los asientos no forman un círculo cerrado, sino que están todos orientados hacia un mismo lugar: el altar. De ahí brota la gracia de la comunión con el Señor y de unos con otros.

Esta sala grande que contemplamos, por tanto, es el signo de una comunidad amplia, abierta -la Iglesia-, que tiene su fundamento no en sí misma sino en Cristo muerto y resucitado.

El presbiterio

En la reunión litúrgica cada uno ocupa su lugar, según la misión que el Señor le ha confiado en el interior de la comunidad.

El presbiterio es el espacio en el que se sitúan los sacerdotes y los ministros asistentes.

Tres son los elementos a destacar en un presbiterio:

1. El altar. Es el centro de nuestra celebración. Es signo de Cristo y, por tanto, merece toda nuestra veneración: los ministros lo besan, lo inciensan, se inclinan ante él, se ilumina... Como altar se ofrece en él el sacrificio de Cristo en la cruz. Y como mesa -dispuesta con blancos manteles-, se prepara en ella el alimento de los cristianos, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

2. El ambón. Es el lugar de la proclamación de la Palabra de Dios, el primer alimento que se nos da en la misa. Ahí habla Cristo, y, por tanto, debe tener la dignidad que corresponde a su presencia.

3. La sede. Es el lugar donde se sienta el sacerdote que preside la misa. Él, por haber recibido el sacramento del orden, hace presente a Cristo. Por eso su lugar debe ser también digno del Señor.

El bautisterio (baptisterio)

Se trata de la capilla en la que se celebra el sacramento del bautismo. Es un lugar muy importante.

En muchas iglesias el bautisterio está cerca de la puerta principal (es su situación más propia, excepto cuando se trata de una capilla exterior, que aún es mucho mejor). Ello tiene un significado: nos recuerda que el bautismo es la *puerta de entrada en la Iglesia*, y, así, a la vida de los hijos de Dios.

En su interior vemos la pila con el agua para bautizar, y junto a ella el cirio pascual. Dada la gran dignidad del sacramento, este elemento tiene que ser muy digno, ya que en él los hombres y las mujeres (sean niños o mayores) renacen por el agua y el Espíritu Santo.

También ahí, en algunas iglesias, se guardan con mucho respeto los santos óleos: el crisma, el de los catecúmenos y el de los enfermos.

Si el bautisterio tiene la amplitud y belleza que merece, cada vez que pasemos ante él nos vendrá a la memoria que, por el bautismo, somos hijos de Dios en Jesucristo, y, por tanto, herederos de la vida eterna. ¡Un excelente recuerdo!

El confesonario (confesonario)

Cuando las personas queremos pedir perdón al Señor por nuestros pecados acudimos al sacramento de la penitencia, también llamado de la reconciliación o confesión.

El lugar destinado a este sacramento es el confesionario, una sede, normalmente de madera, en la que el sacerdote escucha a los cristianos que quieren ser perdonados.

El cristiano se arrodilla ante el sacerdote o en un lado, si lo prefiere. En algunos lugares puede sentarse también si le parece mejor.

No olvidemos que el sacerdote actúa re-presentando al Señor, y por ello, del mismo modo que, en la misa, dice *Esto es mi cuerpo*, en el sacramento de la penitencia afirma: *Yo te absuelvo de tus pecados...*

Cuando entramos en una iglesia y vemos un confesionario, será una buena ocasión para recordar que somos pecadores, y que el Señor nos espera, en la persona de su ministro, para darnos su perdón.

La capilla del Santísimo

Aunque este no es un lugar de celebración (si bien es bastante habitual que en ella se celebre la misa los días laborables), en casi todas las iglesias hay una capilla más o menos pequeña con el sagrario. Ahí se guarda el Cuerpo de Cristo con toda veneración, para que los enfermos lo puedan recibir en su casa y, también, para que lo podamos adorar rezando ante él.

Una forma de expresar nuestro amor al Señor, realmente presente en el pan consagrado, es hacer la genuflexión cada vez que pasamos ante él. Una lámpara encendida cerca del sagrario nos advierte de que, en este lugar, está la Eucaristía.

Vale la pena que nos acerquemos a menudo a la capilla del Santísimo para rezar. Asimismo, es una buena manera de prepararnos para la misa, antes de empezar, y también de dar gracias a Dios cuando la celebración ha terminado. El monaguillo debe tener un gran deseo de rezar ante el sagrario, ya que es un ministro del altar y de la eucaristía.

EL MONAGUILLO DURANTE LA MISA

En este breve capítulo presentamos el rol del monaguillo o acólito durante la misa; aquellas acciones que debe realizar para que su servicio sea competente.

INICIO

Los monaguillos llegan con tiempo suficiente a la sacristía para revestirse con sus túnicas y preparar lo necesario para la misa. Cuando llega el sacerdote le asisten en todo lo que indica y finalmente, le ayudan también a revestirse. Hay que tener en cuenta que el cíngulo se sirve desde la espalda y poniendo las puntas en la mano derecha.

Con un momento de silencio, mirando al crucifijo de la sacristía todos se preparan para empezar. Se organiza la procesión: primero el turiferario (que ha presentado al sacerdote el incensario antes de salir de la sacristía para que ponga incienso); luego el ministro con la cruz y los demás con los ciriales a ambos lados. Si hay diácono sigue con el libro de los evangelios (si no lo hay, puede llevarlo también un lector), y los demás ministros. Finalmente el sacerdote, solo, concluye la procesión.

Los monaguillos caminarán a un paso ni demasiado lento ni demasiado rápido, y procurarán hacerlo con elegancia, mirando hacia delante (no a las personas que hay en la iglesia) y con las manos juntas sobre el pecho si no tienen que llevar nada. En el caso de que una mano esté ocupada, la otra se pondrá plana sobre el pecho. Los que llevan algo en las manos, al llegar al presbiterio no hacen inclinación ni genuflexión, y se dirigen directamente a su lugar: el turiferario al lado del altar esperando al sacerdote, los ceroferarios llevarán los ciriales a la credencia, y el que lleva la cruz la dejará al lado del altar en el lugar establecido o la entrará en la sacristía.

De dos en dos se dirigen al altar. Al llegar al pie del presbiterio, si los ministros no son muchos, se dividen a derecha e izquierda de modo que el sacerdote quede en medio; luego se hace la inclinación (genuflexión si está el Santísimo). Si hay muchos monaguillos, a medida que llegan de dos en dos al presbiterio hacen inclinación o genuflexión, según corresponda, y se dirigen directamente a su lugar. Seguidamente el sacerdote sube, y besa el altar.

Los asientos de los monaguillos deben significar su función y deben ser notablemente distintos de la sede del presidente. Deben estar cerca para poder asistirle con facilidad, pero no conviene que estén literalmente a su lado como si se tratase de una "presidencia compartida". En cada iglesia habrá que ver cual es la mejor distribución.

El turiferario presenta el incensario al sacerdote. Si es necesario se añade incienso, y luego se inciensa el altar, la cruz, y la imagen de la Virgen o el santo titular (en este momento no se inciensan las personas). Al terminar, el turiferario retira el incienso y el incensario y se va a su lugar.

Todos los monaguillos, con el sacerdote y toda la asamblea, hacen la señal de la cruz y responden a las oraciones a una sola voz con todo el pueblo.

El encargado del misal se acercará al sacerdote siempre que sea necesario presentándole el libro abierto en el lugar adecuado, y se retirará cuando la oración haya terminado. ¡No hay que dejar nunca al sacerdote con la palabra en la boca!

Si hay aspersion en lugar del acto penitencial, un monaguillo llevará el agua antes de empezar la oración de bendición y la mantendrá ante el sacerdote durante la misma. Al terminar la oración, se pondrá a la izquierda del sacerdote -si no se le indica lo contrario-, le dará el hisopo y lo acompañará mientras dure el rito de la aspersion. Finalmente volverá a la credencia el recipiente con el agua.

LITURGIA DE LA PALABRA

Durante las lecturas los monaguillos o acólitos escuchan atentamente la Palabra de Dios, sentados con las manos sobre las rodillas. Si alguno de ellos debe proclamar alguna lectura lo hará en su momento, haciendo inclinación al altar o al presidente, según esté colocado, y se dirigirá al ambón. Al terminar la lectura, volverá por el mismo camino a su lugar.

Al iniciarse el canto del aleluya (o, durante la Cuaresma, de la aclamación correspondiente) todos los monaguillos se ponen de pie y los que hayan sido designados para ello acompañarán al sacerdote o al diácono al ambón, yendo delante de él. Se ponen a ambos lados, mirando al ministro que leerá el evangelio (nunca de cara a la asamblea). Cuando sea el momento, harán la señal de la cruz y, con las manos juntas o en su caso sosteniendo los ciriales, escucharán la lectura evangélica con devoción. Al terminar, volverán a su lugar por el mismo camino, dejando en la credencia los ciriales, si los han llevado. Todos los monaguillos escucharán la lectura evangélica mirando al ambón desde el que se proclama. Se girarán hacia el ambón cuando oigan el saludo *El Señor esté con vosotros*, y abandonarán esta posición después de la aclamación final *Gloria a ti. Señor Jesús*.

En el caso de que se omita el aleluya y la aclamación, se pondrán de pie al oír el saludo *El Señor esté con vosotros*.

Si en el evangelio se utiliza el incienso, el turiferario y el encargado de la naveta lo irán a buscar oportunamente, de modo que durante el canto del aleluya lo puedan presentar al sacerdote y este no tenga que esperar por este motivo. (Este es un punto muy importante: *los monaguillos no tienen que hacerse esperar nunca*: deben actuar con precisión en el momento adecuado. Es mejor que tengan que esperar ellos, que lo contrario). Con el incensario humeante van delante del que proclamará el evangelio y se lo ofrecen después de que este haya anunciado: *Lectura del santo evangelio según san...* Naturalmente, como tienen las manos ocupadas no harán la señal de la cruz. Al terminar, retornarán el incensario y el incienso a su lugar.

Durante la homilía estarán sentados en su lugar escuchando con atención. Para el credo se ponen de pie, y así siguen durante la oración de los fieles. El monaguillo encargado presentará el libro al sacerdote para la monición introductoria a la oración de los fieles y, al terminar, volverá a presentárselo para la oración conclusiva.

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Preparación de las ofrendas

Según lo que habrán establecido en la sacristía antes de empezar, se procederá ahora a la presentación de las ofrendas. Si hay procesión, los monaguillos designados se pondrán a los lados del sacerdote para recoger de sus manos las ofrendas que le traen, para depositarlas luego a un lado del altar. Mientras, otro monaguillo puede extender el corporal y colocar el misal, con el micrófono adecuadamente situado.

Si no hay procesión de ofrendas, los monaguillos llevarán directamente desde la credencia el pan, el vino y el agua al altar. El sacerdote lo recibe y lo distribuye sobre el corporal. Finalmente pone el vino y el agua en el cáliz. Las vinajeras las sostiene el monaguillo mientras el sacerdote se sirve, y lo hace de modo que puedan ser tomadas cómodamente, es decir, con el asa hacia el exterior.

Si hay incienso, el turiferario acercará el incensario al sacerdote por el lado derecho del altar, acompañado por el que lleva la naveta a su izquierda. Después de poner el incienso, el turiferario no cerrará el incensario hasta que el sacerdote haya bendecido el incienso humeante haciendo la señal de la cruz. Entonces se lo dará de tal modo que el sacerdote pueda tomarlo con la mano adecuada (eso hay que haberlo ensayado antes); si no hay diácono, acompaña al sacerdote en la incensación alrededor del altar, también ante la cruz. Luego, el monaguillo toma el incensario de manos del sacerdote y lo incienso a él, y seguidamente a la asamblea. Luego retira el incensario a su lugar.

Mientras se realiza este rito, los monaguillos encargados de servir el lavabo ya se preparan, y cuando se ha terminado de ofrecer el incienso (o, si no lo hay, después de poner el vino y el agua en el cáliz) se acercan al sacerdote: un monaguillo le derramará el agua sobre las manos, aguantando con la derecha la jarra y con la izquierda el recipiente para recogerla, mientras el otro -a la izquierda del primero- ofrecerá la toalla desplegada. Al terminar, devolverán el lavabo a la credencia, y ellos a su lugar.

Todos los monaguillos se pondrán de pie al terminar de decir, junto con todo el pueblo: *El Señor reciba de tus manos este sacrificio...*

Plegaria eucarística

Durante la plegaria eucarística todos permanecerán en su lugar, excepto los que deban realizar el rito del incienso en la consagración. Estos tomarán los ciriales, pondrán incienso en el incensario y se situarán ante el altar, de espaldas a la asamblea, y allí, arrodillados, asistirán a toda la plegaria. Después de la consagración del pan, el turiferario incensará el Cuerpo de Cristo, y lo mismo hará con el vino

consagrado, mientras el sacerdote los muestra a la asamblea. Después del *Amén* final de la plegaria eucarística, se levantarán, harán genuflexión, y devolverán a su lugar los ciriales y el incensario.

Los demás monaguillos asistirán a toda la plegaria eucarística con atenta devoción. Desde la epiclesis (= invocación al Espíritu Santo), si no se les ha indicado lo contrario, se arrodillarán y estarán así hasta que el sacerdote haya mostrado el vino consagrado. Con esta actitud adorarán la presencia de Cristo en las especies consagradas y darán muestras de piedad a toda la asamblea.

Comunión

Después de rezar el Padrenuestro, a la invitación del sacerdote o del diácono: *Daos fraternalmente la paz*, los monaguillos se intercambian un gesto de paz, según se habrá establecido previamente, de modo que los que lo reciban del sacerdote sepan cómo hacerlo y cuándo, y los demás también actúen de acuerdo y lo hagan igual, de modo que todo resulte armónico en la celebración. Hay que evitar en este momento el ruido, los golpes en la espalda, las risas y las palabras innecesarias. Como principio, cada uno dará la paz sólo al que tenga a su lado. Puede acompañar al gesto (un abrazo, darse la mano, etc.) la expresión: *La paz sea contigo*.

Al terminar este rito, todos los monaguillos miran los gestos del sacerdote partiendo el pan, un gesto sacramental muy importante que hizo el mismo Señor. Entretanto, cantan con todo el pueblo la letanía: *Cordero de Dios...*

Mientras comulga el sacerdote, todos los monaguillos que vayan a comulgar se ponen juntos, en un lugar determinado, según la distribución del presbiterio, para recibir la comunión los primeros, de manos del mismo presidente. Es muy importante que los monaguillos comulguen bien, con el máximo respeto y devoción; así también ayudarán a hacerlo a los que los miren. Si la comunión es con las dos especies, un monaguillo sirve el cáliz a los que comulgan o lo sostiene si lo hacen por intinción (= mojando el pan consagrado en la Sangre del Señor). Si es costumbre, otro monaguillo, al lado izquierdo del sacerdote, sostiene la "patena de la comunión".

Después de la distribución de la comunión, se llevan los vasos al altar y luego, una vez vacíos, a la credencia. Ahí serán purificados (mejor al terminar la misa). Si hay que ir a la capilla del Santísimo es conveniente que un monaguillo -previamente designado-acompañe al sacerdote o al ministro a hacer la reserva. El acólito ayuda al sacerdote a hacer la purificación echándole un poco de agua en el cáliz y ordenando luego todos los vasos que se han utilizado para la liturgia eucarística.

Si el presidente se sienta para guardar unos momentos de silencio, también los monaguillos se sentarán en su lugar para dar gracias a Dios por la Eucaristía celebrada y la comunión que acaban de recibir.

En la oración final, los monaguillos se ponen de pie cuando el sacerdote dice *Oremos*, y escuchan con atención esta plegaria, respondiendo *Amén* al terminar. El monaguillo encargado del misal realizará su ministerio en este momento.

DESPEDIDA

Los monaguillos reciben la bendición inclinándose ligeramente, mientras hacen la señal de la cruz. Cuando el sacerdote, después de besar el altar, se inclina para venerarlo, todos hacen también inclinación, y por el camino convenido se vuelven, de dos en dos, a la sacristía. No se toman los ciriales ni la cruz ni el incensario, sino que se vuelve normalmente por el camino más corto sin mayor solemnidad. En la sacristía esperan al sacerdote, de cara al crucifijo, lo saludan con una pequeña inclinación, y si este dice: *que aproveche*, le responden: *para la vida eterna* (en latín: *prosit*, y la respuesta: *in vitam aeternam*).

Entonces, se quitan con cuidado el hábito de monaguillo y lo guardan todo según sea costumbre.

Antes de marchar de la iglesia, el buen monaguillo hará un rato de oración ante el sagrario, dando gracias por todo lo que ha recibido en la Eucaristía, porque el Señor lo ha llamado a servirle en el altar, y para pedirle que sepa descubrir su vocación, para que siguiéndola viva siempre la alegría de la fe en su corazón cristiano.